

FRANCISCO JAVIER ACUÑA

Témporas de 2009

La invocación de las cabañuelas nos transporta al punto de convivencia más respetuoso y próspero entre judíos, musulmanes y cristianos.

Remembranzas judías en Toledo dejaron como una tradición las “cabañuelas” o “témporas” que en términos actuales son las predicciones climatológicas a largo plazo hechas sobre el año que comienza —la observación de los primeros 12 días del nuevo año— permiten inferir, según se considera, cómo habrá de ser el clima en los 12 meses del calendario.

Enero fue, como febrero, un mes añadido al año de los romanos que comenzaba en marzo y concluía en diciembre (el décimo mes, como noviembre es el noveno, octubre el octavo y septiembre el séptimo), pero había una razón especial en incluir a enero al principio del calendario para ser la puerta del año y por ello mismo su umbral.

Las cabañuelas han perdido su uso práctico —campesino— y de ellas queda sólo un vago recuerdo en las regiones rurales del sur de España y de América Latina en donde todavía son referidas anualmente en estas fechas. Son una medición empírica del clima desde una vocación eminentemente agrícola, en un contexto en el que la urbanización es expansiva, aunque en sentido estricto eso sea sólo un eufemismo, pues si por urbanismo se entiende que cada

vez más la gente que habita el orbe vive en núcleos que han dejado de ser exactamente rurales, tampoco se pueden llamar con todas sus letras ciudades, sino un creciente conglomerado de suburbios de aspecto desagradable que vienen formando las emigraciones del campo a las capitales que se vuelven asentamientos infra-humanos o “ciudades perdidas”.

Se trata de cinturones de miseria en los que se alojan aquellos que no pueden ubicarse en la zona de servicios públicos estables y continuos de agua, luz y drenaje, y que cuentan con una vivienda construida con materiales duraderos y susceptibles de algún valor en el mercado de la propiedad inmobiliaria, pero que abandonan sus poblaciones natales en el afán de encontrar el “progreso”. Tampoco es un acierto hablar de

la urbanización como tendencia cuando lo que menos existe hoy es una convivencia humana presumiblemente provechosa por haber alejado al hombre (de Tepexpan y/o al de Pekín, da igual) de las cavernas, para que el trasiego civilizatorio que lo hizo aprender a vivir en comunidad y a convivir con extraños lo condujera a vislumbrar la concordia. El mundo se ha vuelto más peligroso a pesar de la modernidad y más riesgoso y convulso a medida que la tecnología y las ciencias se han desarrollado.

La globalización informativa avisa al mundo en cosa de instantes las tragedias y los desastres que acontecen en la nunca mejor definida por McLuhan “aldea global”; ésta, de haber sido el planeta azul ahora se torna cada día en un nuevo planeta rojo, más que por el calentamiento terrestre por causa del aumento progresivo de las intolerancias que siguen imperando, especialmente las religiosas e ideológicas cuya mayor concentración y su explicación ensangrentada ocurre en Oriente Medio. Ahí está la comarca desde donde se propaga la mayor dosis del odio que caracteriza a la humanidad de nuestra era.

La invocación a la tradición judía de las cabañuelas nos transporta a una Toledo estupenda en aquella época en la que en la formidable ciudad española fue el punto de convivencia más respetuoso y próspero entre judíos, musulmanes y cristianos, por ello es recordada como una “Jerusalén amable y armoniosa”. Una Jerusalén que no ha existido en otro lugar.

En las primicias del tormentoso 2009 que inicia, las cabañuelas permiten una lectura más bien geopolítica que lleva más lejos que una interpretación acotada; con ello, se puede vaticinar el comportamiento del clima en el lugar en que se aplican, por eso, prefiero recordar la discreta pero sensible inquietud del poeta Ramón López Velarde que escribió allá por el año 1920 un pronóstico y un mandato para nuestros días y especialmente para la ONU: “Gasto mis talentos en la idea, de la Arabia feliz con Galilea”.

ffacuqa@hotmail.com

